

Cara y cruz de un frustrado viaje

EL no realizado viaje de Juan Pablo II a Sarajevo vino precedido de una expectación sin precedentes. Todos los demás viajes del Papa estaban bien programados, eran múltiples y no llevaban otra misión que la siembra evangélica a los diversos pueblos cristianos mediante su palabra apostólica y su presencia cercana y dinamizadora.

El viaje a Sarajevo en cambio, se había proyectado con una finalidad concreta, inseparable de la dramática situación que vive Bosnia-Herzegovina. El Papa iba allí para poner en el platillo de la paz, tan desequilibrado por el odio y la guerra, todo el peso de la institución pontificia y de la «pax christiana». No se ha podido realizar. Los bosnio-serbios, y detrás de ellos, la jerarquía ortodoxa serbia, anticatólica y radical, lo han hecho imposible, por el momento.

Pero hay que preguntarse si el aplazamiento indefinido de esta visita es un fracaso o un «¡gracias a Dios!». No sólo por la seguridad personal del Papa ni, como se ha dicho en el comunicado de prensa vaticano, por la seguridad de la propia comunidad católica de Sarajevo, seguridades ambas que, por supuesto, había que garantizar. Sino por las

expectativas trascendentes que este viaje pretendía y, casi con seguridad, no hubiera conseguido. El clima de odio imperante entre las diversas etnias sigue vivo, y aun vivísimo. Los ruegos implorantes de un hombre santo no son suficientes para «desarmar los corazones», en la formulación vehemente del propio Papa. Y además, si todo mediador en conflictos debe ser previamente aceptado por las partes haciendo gala de una rigurosa neutralidad, la persona de Juan Pablo II no es considerada idónea por los contendientes serbios, de raíz ortodoxa, que viven secularmente animados de hostilidad hacia los católicos croatas.

LOS serbios (y bosnio-serbios), difícilmente olvidarán que el Papa fue una de las primeras instancias en reconocer la independencia de la Croacia y Eslovenia segregadas de la antigua Yugoslavia (el 13 de enero de 1992, veinte días después de Alemania y dos antes de la CE), y que el propio Vaticano, consciente de la parcialidad de este hecho (que se sumaba a anteriores tomas de postura) y tratando de prevenir una airada reacción, pedía a las autoridades yugoslavas en su comunicado, que no se considerase este reconocimiento como «un acto hostil» a Yugoslavia. ¿Era esto posible?

Que el Papa, católico, trate de defender con los medios a su alcance a regiones como Eslovenia y Croacia, de vieja raigambre católica, no debería ser considerado por nadie como un acto hostil. En fin de cuentas, Croacia y Eslovenia acusan a su vez a la prepotencia de Belgrado con acerbos reproches.

Pero, correlativamente, tampoco debe extrañar que la jerarquía ortodoxa serbia, que maneja similares listas de agravios contra los croatas, mantenga actitudes persistentes nada amigables respecto del Vaticano. Es probable que el incuestionable coraje personal del Papa al haber pretendido ir a Sarajevo alzando el estandarte testimonial de la paz, haya previsto desde el principio la impracticabilidad actual de tal testimonio del que, a pesar de todo, ha querido dejar constancia.

Pero no están cerrados todos los caminos. Sería admirable que lo volviera a intentar más adelante, después de haber

persuadido al patriarca ortodoxo de Belgrado, en nombre del Evangelio, de la necesidad de dar conjuntamente un soberbio ejemplo de reconciliación cristiana. Esta difícilísima labor requiere multitud de pasos previos que pasan por la dulcificación de las asperezas croatas y por diferentes demostraciones de igualitarismo ecuménico para con los ortodoxos. El viaje papal «de consolación» a Zagreb llevaba esa intención, que dudamos haya sido del agrado del presidente croata Franjo Tudjman. ¿Pero no habrá tenido también el efecto contrario de afianzar todavía más a los serbios en su distanciamiento?

LA pacificación balcánica no será posible con meras palabras, pero tampoco debe serlo con la bestialidad de la guerra. Existe toda una política de acercamientos, de gestos, de manos tendidas, que ofrece sin esperar contrapartidas y necesita, como el amor que describe Pablo: «paciencia sin límites». Es, desde este punto de vista hondamente cristiano, un desafío de primer orden para la diplomacia vaticana que, puesto que existe, debe incorporar con autenticidad el Espíritu, y sólo mediante él, allanar suavemente el camino de la paz.